

Presentación

La obra y el pensamiento de Nietzsche han sido sometidos con inusitada violencia a todo tipo de interpretaciones, generando los mil rostros que ofrece hoy en día la singular filosofía de un autor que ha marcado, en muchos aspectos, las pautas de la reflexión filosófica en el siglo XX. No podía ser de otra manera frente a un texto dominado por la fragmentación y el hermetismo. Sin embargo, no siempre se valora lo suficiente uno de los aspectos más importantes de su pensamiento, sin el cual su filosofía perdería toda esa tensión creativa que genera: nos referimos a su reflexión radical sobre el lenguaje. Para comprender sus escritos de madurez y, sobre todo, su crítica a los problemas tradicionales de la metafísica y epistemología, es imprescindible contar con esa guía hermenéutica o 'hilo conductor' (Leitfaden) que es su concepción del lenguaje. Creemos que aquí podemos encontrar una de las claves de todo el proceso de desmitificación que lleva a cabo la filosofía de Nietzsche frente a las pretensiones de la tradición filosófica sobre la verdad y el conocimiento, especialmente su fe en el valor de los conceptos y en la naturaleza representativa del lenguaje. Y podemos interpretar esta línea deconstructiva en Nietzsche como una verdadera estrategia, puesto que la crítica del lenguaje constituye un arma en la batalla que cuestiona los valores culturales de la metafísica, dinamitando su discurso. Para Nietzsche la verdad es una función del lenguaje. Esta idea de que la verdad es un asunto de convención lingüística anticipa las tesis fundamentales del siglo XX.

En los primeros escritos de Nietzsche se formulan ya una serie de tesis acerca del lenguaje, que preanuncian una especie de giro lingüístico que afecta radicalmente a la manera de entender la filosofía y que se materializan en una oposición frontal a la sintaxis lógica del lenguaje, a la tradición aristotélica-platónica, que identifica lenguaje con gramática, y sobre la que se ha construido la lógica de la identidad que sacrifica la inmediatez y lo concreto a la mediación general. En el fondo, es una crítica contra la fe que han profesado los filósofos en las estructuras lingüísticas hasta el punto

de divinizarlas y convertirlas en el máximo exponente de la razón. Todos conocen ya aquella sentencia de Nietzsche en la que se condiciona la superación del nihilismo al desenmascaramiento de la gramaticalización de la razón y de aquellos que sucumbieron a su seducción: «La ‘razón’ en el lenguaje: ¡oh, qué vieja hembra engañadora! Temo que no vamos a desembarazarnos de Dios porque continuamos creyendo en la gramática...»^[1]. Por eso se preguntaba también lacónicamente, si «le sería lícito al filósofo elevarse por encima de la credulidad en la gramática»^[2] o lo que es lo mismo, si es posible superar esos modos de decir y esas formas concretas de pensar que investigan las causas y fundamentos de todo ente, que unen y separan conceptos, como si fuesen cosas reales.

Foucault es bastante expresivo cuando señala que Nietzsche fue el primero en concertar la tarea filosófica con su reflexión radical sobre el lenguaje. Lo cierto es que Nietzsche se dio cuenta desde el principio que la filosofía, en la medida en que optaba por el lenguaje conceptual, tenía que llegar a ser necesariamente metafísica, es decir, que la filosofía no podía ser más que metafísica en tanto en cuanto se conforma con el uso de conceptos en lugar de desarrollar la capacidad originaria del hombre para «crear artísticamente» desde lo más profundo de sus instintos. La metafísica comienza allí donde desaparece esa «capacidad originaria de la fantasía humana» y se consolida cuando se hace efectivo el olvido de ese «mundo primitivo de metáforas», cuyo creador, el hombre, también se ha olvidado de que él mismo es también un sujeto que crea artísticamente. Así pues, la crítica a la metafísica, que se generalizará en sus obras de madurez, está estrechamente ligada desde el principio con el problema del lenguaje o, al menos, con la exigencia de relegar el lenguaje conceptual de la tradición filosófica en favor de otro lenguaje o paradigma lingüístico que salvaguarde la libertad creadora del hombre y su poder de expresión ilimitado. El lenguaje conceptual surgió como una necesidad de seguridad, como una exigencia para hacer soportable de algún modo el caos de la vida. Pero esa seguridad metafísica, buscada en el orden racional del universo, es lo que genera la cultura decadente y débil de Occidente. Así pues, la alternativa a la metafísica que busca Nietzsche se abre camino por las sendas del lenguaje, con todos los problemas y aporías que plantea esta exigencia romántica verdaderamente intempestiva. ¿Es realmente posible rechazar las reglas gramaticales

y la lógica sobre las que se configura la comunicación lingüística entre los hombres? Si se renuncia a todas las generalizaciones conceptuales, ¿cómo se podrá expresar algo racionalmente? ¿Acaso es posible, como pretende Nietzsche, describir y explicar lo que son las cosas sólo mediante un lenguaje metafórico creado artísticamente? ¿No sería contradictorio condenar la abstracción y la fijación del lenguaje conceptual en reglas, en nombre de una mayor fidelidad a lo real por parte de la libre actividad metafórica? Estos interrogantes nos proporcionan un marco sugerente para comprender la dialéctica en la que se sumerge el pensamiento de Nietzsche para legitimar su firme creencia en la posibilidad de purificar un lenguaje conceptual, enfermo y desgastado, impuesto violentamente por la tradición metafísica. En el último período creativo se aprecia sobre todo una cierta inclinación a concebir que el pensamiento es capaz de trascender el concepto por medio de la imagen o de la metáfora. En un texto retrospectivo de *Ecce Homo* da cuenta de esta evolución: «¡Oh, cuán lejos me encontraba yo entonces todavía de lo que soy hoy, del lugar en que me encuentro hoy – en una altura, en la que ya no hablo con palabras sino con rayos!»^[1]

No parece, sin embargo, que esta posición radical y crítica frente al lenguaje conceptual deba generar la confusión de creer que Nietzsche haya defendido la existencia de dos lenguajes distintos y opuestos sin ninguna mediación: el lenguaje conceptual, propio de la metafísica y de una cultura decadente, y el lenguaje metafórico, propio del sujeto artísticamente creador y libre. Esta drástica dicotomía no la encontramos ni al principio de su obra, cuando se plantea en términos radicales el problema de la esencia del lenguaje, ni en su época tardía. Nietzsche tenía plena conciencia de que el lenguaje tiene una doble naturaleza, una «naturaleza ambivalente»^[2], compuesta de esquemas rígidos, pero también de figuras libres. Tampoco ignoraba que el lenguaje no cesa de evolucionar, tanto por medio del concepto como de la metáfora. Lo cierto es que Nietzsche está continuamente experimentando con el lenguaje, siempre obsesionado por ampliar sus posibilidades de expresión y por servirse de él como un instrumento creador en la formación de nuevos contenidos del pensamiento.

Los trabajos que se presentan en este número tratan de aclarar alguna de las cuestiones antes mencionadas desde puntos de vista distintos. Babette Babich desentraña las características peculiares del estilo de Nietzsche, confrontado su concepción del lenguaje con las de

la música y de la ciencia. La conclusión es que pensamiento y lenguaje están tan estrechamente vinculados que en cada una de sus obras se hallan calculados hasta el milímetro los efectos que puede producir sobre los diversos tipos de lectores. Por tanto, para leer a Nietzsche 'filosóficamente' hay que «oír con nuestros ojos», buscando la música que hay detrás de las palabras. Enrique Lynch se detiene a comentar una anotación de Nietzsche, donde sugiere que la música es un lenguaje capaz de una discriminación infinita. Así el autor compara percepción cotidiana con percepción estética, resaltando la peculiaridad 'musical' del lenguaje, para derivar una reivindicación de la retórica y del lenguaje como obra de arte. Cirilo Flórez piensa que la interpretación nietzscheana del lenguaje como fabulación le va a permitir a Nietzsche explicar la formación de conceptos a partir de la metáfora, lo que da pie para relacionarlo con algunas teorías actuales sobre los conceptos. Partiendo de la genealogía del lenguaje y de su carácter tropológico (metafórico), el trabajo de Jesús Conill trata de exponer ciertas aportaciones de la interpretación semiótica del pensamiento nietzscheano que nos lleva hasta una «filosofía del signo». El autor defiende también que en el contexto nietzscheano lo decisivo radica en un originario dinamismo poetizador del lenguaje y del pensamiento. El grupo de Nimega, dirigido por Paul van Tongeren, que está elaborando el Diccionario Nietzsche, pone de manifiesto en este trabajo colectivo cómo el uso que hace Nietzsche del lenguaje revela una serie de rasgos que son característicos para su proyecto filosófico. Esos incluyen procesos semánticos específicos o procedimientos para la constitución y transformación del significado, desde el uso de diferentes ópticas, la trasgresión de significados polarizados, a la transvaloración de términos y valores tradicionales. Los principales de estos procesos son descritos en este artículo con la ayuda de ejemplos tomados del diccionario. Por último, Vincenzo Vitiello aborda en su estudio la intempestiva tarea de demostrar que, a pesar de tantas reivindicaciones, la filosofía del siglo XX, a diferencia de todas las artes, no terminó de tomarse en serio la cuestión del lenguaje, analizándolo esto en el ejemplo paradigmático de uno de sus más conspicuos representantes, Wittgenstein. Carencia e incongruencia que sí hallamos superadas, aunque con ciertas aporías, en Nietzsche: el único que puede servir, hoy en día, para llevar a cabo esa revolución del lenguaje que las artes ya iniciaron hace ahora casi un siglo. Se completa el número con dos interesantes trabajos: Paulina Rivero

describe pormenorizadamente la asimilación del pensamiento de Nietzsche en México y su significación histórica; y Manuel Torres Vizcaya rastrea con minuciosidad esa presencia de Nietzsche en Ser y tiempo, que parece como que hubiese sido ocultada por Heidegger, descubriendo las intrínsecas dependencias conceptuales del concepto heideggeriano de comprensión con respecto al concepto nietzscheano de interpretación.

Por último, en las secciones de información, queremos destacar el trabajo minucioso de Antonio Morillas por presentar al público de habla española unas «Concordancias La voluntad de poder – Edición Colli-Montinari», acompañadas de notas aclaratorias, que constituyen una corrección y mejora importante con respecto a las tablas publicadas en los Nietzsche-Studien. Además, en este número introducimos por primera vez una sección de «Recensiones críticas», en la que a partir de ahora se comentarán aquellos libros sobre Nietzsche que tengan especial relevancia e interés. Además, seguimos informando de las novedades bibliográficas y de aquellas noticias que por su trascendencia ocupen un lugar preeminente en el discurso nietzscheano.

Málaga, junio 2004.

[if !supportFootnotes]

[endif]

[if !supportFootnotes][1][endif] CI III §5, ed. A. Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1984, p. 49.
[if !supportFootnotes][2][endif] MBM §34, ed. A. Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1984, p. 61
[if !supportFootnotes][3][endif] EH V §3, ed. A. Sánchez Pascual, Alianza, Madrid, 1985, p.77.
[if !supportFootnotes][4][endif] Mihailo Djuric sostiene que Nietzsche tiene siempre en cuenta esta doble naturaleza del lenguaje: cf. *Nietzsche und die Metaphysik*, W. de Gruyter, Berlin/New York, 1985, p. 43. En la misma dirección apunta Josef Simon, en «Grammatik und Wahrheit. Über das Verhältnis Nietzsches zu spekulativen Satzgrammatik der metaphysischen Tradition», *Nietzsche Studien*, 1, 1972, 1-25.